

XXXII

“El Verbo por quien todo cuanto existe
 En el cielo, el espacio, tierra y mares
 Del almo sér la realidad reviste,
 En variedad de formas singulares,
 Y sin cuya virtud nada subsiste,
 Allende esos abismos seculares,
 No eternos, arrojó con mano airada
 De nuestra especie la mitad amada.”

XXXIII

“Hoy quiere redimirla con portentos
 De su bondad, bañándola en las fuentes
 De su sangre preciosa, entre tormentos
 Vertida por los hombres á torrentes;
 Y nos hace los flacos instrumentos
 Que han de llevar á tan remotas gentes
 De la muerte á las sombras asentadas,
 La luz en que veranse disipadas.”

XXXIV

“Como es obra de Dios, estad seguros
 De que Satán, el angel coruscante
 Al principio, y después en los oscuros
 Antros de duelo eterno y abrasante
 Fuego, caído de los cielos puros
 Por querer sobre el trono de diamante
 Sentarse del Criador, toda su ciencia
 Nos opondrá terrible y su potencia.”

XXXV

“Una y otra son grandes. Si reunidos
 El saber y poder de los humanos
 Seres, los por nacer y los nacidos,
 En cada uno ó en todos, con las manos
 Armadas, contra él se alzan atrevidos;
 Y de Dios los auxilios soberanos
 No llaman en su amparo, nada pueden;
 A un solo soplo del arcangel ceden.”

XXXVI

“Para impedir la salvadora empresa
 Saldrá al encuentro de esta pobre flota,
 Creyendo hacer en ella fácil presa.
 Los húmidos abismos cuya ignota
 Profundidad Behémot atraviesa
 Revolverá, si en su ira los azota.
 Rugirán con espanto sus entrañas
 Y de olas se alzarán negras montañas.”

XXXVII

“Agitará los aires de tal suerte
 Que de sus olas pueda el movimiento
 La arboladura derribar más fuerte.
 De impuros miasmas hartará su aliento
 Para que quien lo aspire alcance muerte.
 De tinieblas el ancho firmamento
 Cubrirá, y en sus hoscas soledades
 Hará que bramen fieras tempestades.”

XXXVIII

“Apagará los astros, de la umbría
Noche decoro, y el primero, la Osa
Menor, del navegante dulce guía.
Encenderá en los ánimos de odiosa
Discordia la funesta llama impía,
Crisol de la virtud, y en especiosa
Manera fingirá fantasmas vanos,
Si vistos, impalpables á las manos.”

XXXIX

“Esto y más obrará para su afrenta,
Pues Cristo, de quien somos embajada,
Volverá en contra suya cuanto intenta,
Un rayo al fulminar de su mirada.
Alejará la peste, y la tormenta
Disipará, después de que probada
Nuestra constancia, no parar juremos
Hasta que plazca á su Bondad, los remos.”

XL

“Desde ahora jurémoslo; no hay plazo
Para la salvación de almas queridas.
El Cristo os premiará con el abrazo
Eterno de su amor, y en las perdidas
Plagas ocultas de ese mundo eriazó
Que vais á descubrir, con no adquiridas
Riquezas por humanos, que un tesoro
Son en perlas, diamantes, plata y oro.”

XLI

“¡Oro.....! ¡Con oro ya podré el glorioso
Sepulcro del dominio sarraceno
Arrancar, alistando numeroso
Ejército de fe y bravura lleno!
¡Oh sueño dulce, sueño delicioso,
Te cumplirás después que se abra el seno
De esa tierra, al Oriente nueva puerta,
Por Dios á este su siervo descubierta!”

XLII

No pudo decir más; en su infinito
Júbilo manda toquen la bocina
Para que el puerto dejen expedito
Los barcos que no parten. Ya rechina
Recio el velamen, y al agudo pito
Que resuena en la próxima colina
El nauclero confía la maniobra,
Y el Céfito aletea y bríos cobra.

XLIII

La muchedumbre que en la playa espera
El signo de partida, no creyendo
En el viaje que juzga una quimera,
Alarmada se siente á tanto estruendo,
Y en él cree por la vez primera;
Y ¡oh! espectáculo entonces triste, horrendo!
En menos que se piensa, en un minuto,
Los corazones cúbrense de luto.

XLIV

La esposa sin ejemplo en el cariño,
Del caro esposo al cuello se abalanza,
Suelta la cabellera y sin aliño;
De que no la abandone, la esperanza
Abriga, y por lograrlo, al tierno niño
Que acaba de nacer, su semejanza,
Pone en brazos del padre que lo mira,
Lo besa y á la nave se retira.

XLV

Los padres á sus hijos de aventuras
Sedientos, todavía á última hora,
Ensayan apartarlos con ternuras
De la empresa fatal que los azora,
Al medir las pelásgicas llanuras.
Y después que uno ruega y otra llora
Les dan la bendición diciendo: "Ufanos
"Andad con Dios y sed buenos cristianos."

XLVI

¡Cuántas allí de amor tiernas escenas
La virgen, ya cercana á los altares,
Al doncel ve marchar que á sus cadenas
Volverá, si un laurel halla en los mares.
El empapa en la sangre de sus venas
Blanco pañuelo, y ella en aljofares
Que vierte en su dolor. Todo convida
A trocarlos en muda despedida.

XLVII

Otro que ama, y de bienes de fortuna
No ha visto el esplendor, aunque es ya mozo,
Dice á su amada, hermosa como luna:
"¿Por qué no brilla en tu semblante el gozo
Cuando hay de unirnos esperanza una?
¡Ah! me quieres matar con un sollozo!
En busca voy, por ti, de gran riqueza;
Pobre, ¿cómo aspirar á tu belleza?"

XLVIII

Al amor la amistad, si no adelanta,
Lo sigue, en el afán de estar al lado
De aquel á quien lo une liga santa,
De gloria ó duelo en día señalado.
Y dulce amigo de la edad que encanta
Vlene, é imprime un ósculo sagrado
En el nauta que parte; y como fuerte
Llora en secreto su segura muerte.

XLIX

La tristeza que tantos corazones
Va á dividir acrécese á medida
Que al disparo se aprestan los cañones,
Pavorosa señal de la partida.
Así la noche tiende los crespones
De sus sombras, primero en la florida
Llanura, y luego en la hispida ladera,
Y al cabo en la montañía donde impera.

L

En tal consternación por sentimientos
Tan varios levantada, dos testigos
Yérguense satisfechos y contentos
De lo que son el alma; dos amigos,
El uno que entregarse va á los vientos,
Que suelen ser terribles enemigos,
Y el otro á Dios que á nadie desampara;
¡Oh de contrastes maravilla rara!

LI

Los dos, Colón y Pérez de Marchena
Se despiden también, y aunque se aman,
De la separación no sienten pena,
Sino que en santo júbilo se inflaman,
Al ver que á Ocaso inclínase la entena
Si los aires las velas embalsaman.
¡Feliz quien sirve á Dios, tanto el que explora
Por salvar almas, mundos, como el que ora!

LII

Manda, y truena el cañón; y las orillas
Del mar al trueno agítanse y la selva;
Y el Almirante, puesto de rodillas,
Pide al fraile su amigo que lo absuelva.
"Vaya limpio, de tantas maravillas,
A ser Revelador, y limpio vuelva,"
Místico fallo pronunciando, dice,
El Ministro de Dios, y lo bendice.

LIII

Así fortalecido se levanta,
Y seguro de estar ya todo listo,
Abrazado á la enseña sacrosanta
Que la tierra que busca nunca ha visto,
Y anudada de gozo la garganta,
Las velas manda desplegar, de Cristo
En el nombre sagrado y de María,
Hacia el extremo donde muere el día

LIV

Grito de espanto se alza entre la gente
Que desprenderse la ligera flota
Ve de la playa rumbo al Occidente,
Y pensando en los riesgos de remota
Expedición, al Dios Omnipotente
Ruega, postrada en actitud devota,
Que á los nautas proteja en el camino,
Y retornen, cumplido su destino.

LV

Ellos, los que se van, juntas las manos
Al cielo llevan en su amarga cuita;
Y para merecer los soberanos
Auxilios que cada uno necesita,
Con puros corazones, aunque humanos,
Cual medianera á la Mujer bendita
Invocan, de piedad rico tesoro
Cantando este himno de su agrado, en coro:

LVI

“Salve, oh Virgen, del Verbo Madre pura,
 Estrella de la mar, Puerta del cielo;
 Por tí acepta de angélica criatura
 La alta embajada, exaltación del suelo,
 En perdurable paz nos asegura,
 De Eva trocando el nombre; y en tu anhelo
 Al reo rompe las cadenas blanda
 Y luz da al ciego que en tinieblas anda.”

LVII

“Todo mal de nosotros pía aleja
 Y cólmanos de bienes á toda hora;
 En tu bondad mil títulos nos deja
 De que eres nuestra Madre, gran Señora.
 Por tí nuestra oración y nuestra queja
 Oiga quien, de sus días en la aurora,
 Descendió de las célicas montañas
 Y moró en tus purísimas entrañas.”

LVIII

“Escogida Mujer como la luna,
 Dechado de humildad, desde el primero
 Instante de tu sér sin mancha alguna,
 Limpia nuestra alma con materno esmero,
 De impurezas, no dejes rastro de una;
 Así no extraviaremos el sendero
 Que encamina á Jesús con quien victoria
 Cantemos jubilosos en la gloria.”

LIX

Como el viento soplabá con potente
 Empuje, aunque tranquilo, las tres naves
 Alejó de tal modo que el ambiente
 No pudo conducir las notas suaves
 Con que acababa el cántico ferviente
 A la ribera, donde tristes, graves
 La amistad y el amor, de los viajeros
 Aguardan los acentos postrimeros.

LX

A los ojos lo mismo que al oído
 Presto va á suceder, pues el tamaño
 De las embarcaciones reducido
 Más se reduce cada vez, de extrañío
 Poder el soplo de Este sostenido.
 Alguien que ya no mira sube hurafío
 A la vecina cumbre en que aun Marchena
 De bendiciones á los nautas llena.

LXI

¡ Cuántos que parten tornan ya la vista
 A la nativa playa pesarosos,
 Y renuncian á esta hora á la conquista
 De honores y riquezas tan costosos!
 ¡Cuántos al procomún, el egoísta
 Interés anteponen, y medrosos
 De ir á las tierras á que Dios los llama,
 Entre las sombras urden negra trama!

LXII

Sin embargo, los más con gran contento
 Ven que la tierra poco á poco se hunde
 En los antros del líquido elemento
 Que en círculo infinito se difunde,
 Ó alzada á la región del firmamento
 Con sus formas etéreas se confunde;
 Y se enciende la fe con tal mudanza
 Y alientos cobra y bríos la esperanza.

LXIII

Dejó de verse de la triple estela
 Luego la móvil cauda de diamantes,
 Después del casco y del combés la vela
 Latina y la angular, fieles amantes
 Que alas parecen de águila que vuela
 Sobre aquellos desiertos ondulantes.
 Ya nada se oye ni se ve de cuanto
 Fué tres horas atrás causa de llanto.

LXIV

De las naves en torno, hácia do nace
 El Sol y donde muere, hácia do la Osa
 Brilla eterna, y hácia donde le place
 Sus encantos lucir á la grandiosa
 Cruz de Mayo, hácia arriba donde se hace
 La tempestad, y abajo donde osa
 Desafiarla el hombre, solo abismos
 Hondos se alzan, espanto de sí mismos.

LXV

Entre ellos la pacífica cruzada
 Camina á su destino, sin más guía
 Que el egregio Almirante de la armada,
 Sin más luz que su fe. ¡Dios que lo envía,
 Hará que llegue al fin de su embajada!
 Mas..... ¡oh Musa! perdona mi osadía.
 Durante el curso de su marcha manso
 Un punto me permite de descanso.

